

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Colina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONOMICOS

MURCIA 24 DE NOVIEMBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 793

DE ACTUALIDAD

Extravíos de información

Somos de los que creen que la información periodística, en lo referente a crímenes, lejos de perjudicar puede ser en ocasiones de utilidad grandísima para la causa de la justicia. A veces, los datos aportados por los periódicos al esclarecimiento de un hecho criminal, de esos que llevan la consternación y la alarma a la conciencia pública, son auxiliares poderosos para los funcionarios encargados de su persecución y castigo.

Este criterio, ha sido sostenido recientemente en su notable Memoria de apertura de los tribunales, por el digno fiscal del Tribunal Supremo Sr. Ruiz Valarino: y con él han de estar de acuerdo, cuantos aprecien con imparcial y recto criterio estas cuestiones.

Pero si esto ocurre, cuando la prensa se atiene a la realidad de los hechos, y construye sobre cimiento sólido de datos exactos el edificio de su información, cuando por el contrario procede con lamentable ligereza y de una mera hipótesis, de una suposición sin virtualidad pretende hacer base para establecer afirmaciones de muy graves y trascendentales consecuencias, se corre el riesgo de ocasionar perjuicios de gran consideración.

La intención es honrada, el móvil el servicio del público: pero el prurito de interesar a este, de mantener viva y aun creciente su expectación sobre determinado sensacional suceso, conduce a veces a deplorables extravíos del juicio de ese mismo público, con daño de aquello que es y debe ser acreedor a todo linaje de respetos.

Anteanoche mismo, sin ir más lejos, llegó a esta ciudad, procedente de la vecina de Cartagena donde se encontraba, una persona digna y muy conocida entre nosotros, un amigo nuestro, á quien un verdadero y mal conducido exceso de información, y el afán de adaptar al medio local un sangriento suceso desarrollado en la villa y corte, ha hecho aparecer ante los lectores nada menos que como un asesino de mujeres de dudosa nota: como el propio Gavilanes en persona.

Cuando D. Joaquin Lopez llegaba á esta, estaban ya á lo que parece circuladas las órdenes para su detención, en virtud de equivocados informes dados á la publicidad, sin omitir el nombre de la víctima de este tan lamentable como injustificado error: injustificado, sí, porque no había motivo alguno para que se estableciera confusión entre un hombre honrado y el perseguido por la justicia como autor de un crimen sangriento y reprochable.

El error quedó deshecho inmediatamente: el periódico autor de la información, procedió con la mayor corrección y la caballería más exquisita, á la que nos complacemos en hacer justicia, á la rectificación cumplidísima: pero del disgusto, de las molestias producidas al interesado: del desdoro de haber aparecido como sospechoso al menos de criminal vulgar ante amigos y conocidos, de eso no le indemniza, no puede indemnizarle nada ni nadie.

Para no caer en errores tan lamentables, la prensa debe proceder con cautela, no apresurándose á estampar en letras de molde cualquier novela que de público círculo ó que llegue á oídos de cualquier redactor, sin haber adquirido antes datos suficientes para

darle crédito, para otorgarle caracteres de verosimilitud.

Prescindiendo de este hecho concreto y elevándonos á la altura de las generalizaciones, sería de todo punto peligroso que la honra de las personas estuviere á merced de patrañas sin fundamento, comentadas por cualquier desocupado ó malicioso, que en momento determinado presentaran al más honorable ciudadano como sospechoso de haber llevado á cabo el más vituperable de los crímenes.

Conveniente y útil es la información periodística, y en ocasiones un poderoso auxiliar de la justicia para el descubrimiento y el castigo de los crímenes: pero á condición de que los encargados de estas informaciones se compriman, y no levanten castillos en el aire y acojan con cautela cualquier caprichosa é injuriosa presunción y no trasladen á las cuartillas sino aquello que tenga un fundamento racional y lógico.

INSTANTANEAS

FOTOTIPIAS MURCIANAS

Si acaso mi retrato no copia á Rafaela porque mi pobre pluma no revela todo lo que impresionan mis anhelos, pardiez que no me apura; porque sabrán ustedes que al ser de la Merced tendrá mercedes para quien pretendió pintar los cielos.

Alta, arrogante, esbelta, gentil, majestuosa; como se yergue el cáliz de la rosa sobre el tallo más alto del rosal, yergue su rostro espléndido de luz y de colores como si fueran sus mejillas flores y sus ojos aurora boreal.

¡Cuánta luz que se escapa por aquellas pupilas!
¡Cuántas pasiones dulces y tranquilas burlando sus pestañas ví salir!
¡Cuántas divinas glorias pasaron por mi mente al ver aquel pentágama valiente en cuyas líneas Dios llegó á escribir!

Por eso siento siempre que pasa por mi lado, la infinita emoción de lo soñado, de algo que me aproxima á un ideal; la misma que he sentido al ver pasar triunfante esa enseña gloriosa y ondulante en donde vive el alma nacional.

Sus líneas, juegan, cantan canción no comprendida; ese cantar grandioso de la vida que hizo al curvo pentágama prisión, y es el andar angusto preludio melodioso que si nos llega al alma por lo hermoso, por lo regio, se mete al corazón.

No adulo con mi pluma ni en mis cantares miento; yo canto la verdad cuando la siento en la augusta belleza palpitar; y siento un gozo extraño si con los versos mios la engalano de ríos atavíos y le consagro un culto y un altar.

La imagen es magnífica, como el cíncel la hiciera si imitar á las vírgenes quisiera é infundir al impio devoción; ¡cuántas deidades fueron en templos adoradas sin arder en su rostro esas miradas á las que rinde culto el corazón!

El templo de la vida sus líneas me parecen, y al mover su contorno se estremecen

las impalpables alas del amor; y van en torno suyo viviendo con su vida todo lo bello que á vivir convida: luz, majestad, estrofas y color.

Plácido Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

Bajo las cenizas

La escena es en un segundo piso de una de las más aristocráticas calles de París. Son las diez de la noche. Las lámparas, velada su luz por grandes pantallas de encaje, iluminan el lujoso gabinete con verdosas claridades, que dan la impresión de un profundo sosiego. Un ramo de violetas que no se ve, olvidado sin duda en algún rincón, llena aquella tibia atmósfera con su vago perfume, que encanta más todavía porque permanece escondido.

Sentada junto á la chimenea, la señora de la casa está bordando rica tapicería, sin levantar los ojos de su labor. El fuego enrojece el perfil sereno de su rostro. Fué rubia en su juventud...

El señor, de cincuenta años, calva la cabeza y en traje de casa, está sentado delante de su mesa, cubiertas las piernas y los pies con una rica piel de abrigo. Desdoblaba un periódico que le acaba de traer, respira con cierto deleite el especial olor que despiden el papel que acaba de salir de la imprenta, húngaro todavía, y enseguida pasa al exámen de los cierres de Bolsa. Se acomoda en el sillón, apoya sus codos en él y, cruzando las manos, dice, más con signos de cabeza, que con palabras: Va bien!... Va bien!...

En la calle, rumor de coches que van ó vienen, gritos y cantos que llegan hasta la habitación confusamente; las puertas y ventanas que se cierran, dejando la calle oscura y desolada... Y en medio de la imposibilidad que adormece á las cosas todas en esa misma indiferencia que lleva el alma de los dos esposos, el pequeño ramo de violetas, que no se ve, parece que se esfuerza en aumentar su perfume embriagador, como si, con finísima coquetería, quisiera recordar á todos que él está allí...

Veinte años hace que así viven, en la monotonía de ese interior, el mismo siempre, igual el hoy al ayer, viviendo juntas todas las horas de su existencia, rozándose sus manos á cada momento, con cualquier motivo, pero sin estrecharse jamás. Un día sus padres les casaron. Luego, fuera ya todos los invitados, apagadas las luces de la fiesta, se quedaron solos, uno junto al otro... Hace veinte años de esto!... Oh! la alegre felicidad de los primeros días!... Una vez, en aquel mismo gabinete, fué, quisieron celebrar solos la noche de Navidad, sin criados que les sirvieran, solitos. Ella lo había querido así, y él no había dicho que no, pues en aquel entonces respondía siempre que sí á los deseos de su mujercita. Fué una fiesta alegre, exquisitamente alegre, bebiendo en un mismo vaso las embriagueces de su juvenil amor...

Llevaban ya un año de casados y no tenían hijos todavía. La señora se alegró mucho de ello... pues así podía ir á los bailes y á las fiestas cortesanas aun, llevando los más esbeltos trajes. Pero fueron pasando los años, y el nene no se decidía á venir... Tal vez había mirado al mundo desde allá arriba, y le pareció triste nuestra existencia, demasiado estrechos nuestros horizontes. Y comenzó entonces la vulgar historia de las esposas sin hijos, de las esposas cuyas arrugadas frentes jamás pueden amorosamente inclinarse sobre la faz resplandeciente de un bebé querido... Como el verdadero hogar nace solamente en torno de una cuna, ellos no conocieron jamás ni la fuerza ni la alegría que une á dos seres que sólo viven y trabajan por sus hijos. Y hasta aquel barniz de amor que hizo brillante á los ojos de todo el mundo su vida juvenil, fué cayendo poco á poco, al frotar de la existencia, de jando solamente en ellos la buena amistad de dos camaradas que comen juntos y duermen bajo el mismo techo.

La señorita hacia visitas, y las recibía también en su casa. El señor iba á los casinos, á la Bolsa, á los teatros... A las horas de comer se encontraban uno en frente de otro, sentados ante una mesa demasiado grande para ellos solos; y al acabar, plegadas ya las servilletas, se iba por su lado cada cual, para ocuparse en sus particulares asuntos, entre los que ni uno solo había que les fuese común.

Y así fueron creándose cada uno de ellos especiales manías de viejos solterones. El, por su parte, se aficionó á las carreras, acabando por ser un gran entendedor en la materia, y mezclando en su conversación, por cualquier motivo, los nombres de sus caballos favoritos y aquella serie de palabras bárbaras, como *handicaper, walk-over, canter, rush*, que á su esposa la mareaban grandemente. Esta, por su parte se aficionó al cultivo de flores raras, en pequeños tiestos; pero las pobres y delicaditas flores mustiábanse pronto en la frialdad de aquella atmósfera sin ternura, sin amor...

—¡Qué es esto!... exclamó de pronto el señor, entonces de grande extrañeza.

Tenía abierto uno de los cajones de su mesa, y estaba repasando algunos papeletos, allí olvidados hacía mucho tiempo, llenos de polvo y amarillentos. Ella levantó un poco la cabeza.

—¿Qué?..

El tenía en la mano, que le temblaba visiblemente, un pedazo de papel muy viejo, y con voz que parecía traslucir la conmoción de su alma, dijo á su esposa:

—Ven á verlo...

Se levantó, y puesto de pié detrás de él pudo leer:

«Fulano y Fulana tienen el honor de comunicar á V. su efectuado enlace».

Al momento reconoció ella aquél pedazo de papel, con aquellas letras enlazadas. El enlace que se anunciaba allí era el suyo propio... Ambos se miraron y se sonrieron. En verdad que resultaba curioso por demás encontrarse con semejante papellito, después de tantísimos años... Y era más curiosa todavía la profunda emoción que á su vista les embargaba á los dos, removiendo bajo las cenizas de sus corazones apagados el fuego de sus amores juveniles, que ellos habían completamente olvidado. En un solo segundo revivieron aquellos lejanos días que el amor alumbraba: ella, joven y hermosa; él, lleno de grandes ternezas, uniendo en un rayo de sol sus corazones vírgenes. Y aquel papel, reluciente y glorioso, que había sido como la campana anunciadora de su matrimonio, tuvo fuerza todavía, ya viejo y amarillento, para despertar en su alma las dormidas afecciones de otros tiempos. Juntos lo leyeron otra vez... y al acabar, se apercibió ella que amorosamente había rodoado con sus brazos el cuello de su marido que con triste y dulcísima ternura, la miraba en los ojos, viendo tal vez brillar en ellos algo de su amor de hacía veinte años!...

Juan Madeline.

Teatro Romea

Con muy satisfactorio éxito artístico y de taquilla, ha inaugurado la temporada de invierno en nuestro hermoso teatro, la compañía cómica de zarzuela, que con gran acierto dirige nuestro antiguo amigo, el estimable actor D. Julio Nadal.

La función inaugural del sábado, y las dos de ayer, han proporcionado excelentes entradas á la empresa y abundantes y merecidos aplausos á los principales artistas de la compañía.

Secciones ha habido, en que el lleno ha sido completo y la concurrencia se ha desbordado—parte de ella en todos los sentidos—en las localidades altas.

Nos felicitamos del éxito, y pasamos á dar cuenta de cuanto de más saliente ha ocurrido en las funciones verificadas.

Los estrenos

Dos son las obras estrenadas hasta ahora: «La manta zamorana», libro de Perrin y Palacios y música de Fernandez Caballero, y «El género infimo», letra de los Alvarez Quintero y música del maestro Serrano.

El libro de «La manta zamorana» poco ofrece de particular: sin embargo, y aunque solo sea por el hecho de no exhibir chulones ni dar motivo á tanguitos, merecen aplausos sus autores, que han querido hacer una obra seria dentro del género chico, por el estilo de otras que alcanzaron justificado éxito y renombre.

De la música está hecho el elogio, como con decir que lleva la prestigiosa firma del inspirado y popularísimo autor de «La bruja», «El duque de la afriana», «Gigantes y cabezudos» y tantas otras verdaderas joyas de nuestro teatro.

De entre los números que constituyen la partitura, sobresalen la jota—hermosa y original como todas las de nuestro insigne paisano—y el duo de tiple y barítono, verdaderamente grandioso: la jota se ha aplaudido mucho menos de lo

que merece y el duo se ha aplaudido con verdadero calor, repitiéndose la noche del estreno.

«El género infimo» ha servido de ocasión á los Sres. Alvarez Quintero, para presentar cierto espectáculo de variedades, muy en boga en la corte, ridiculizando con su gracia inimitable, tanto el espectáculo su af como al público aficionado á presenciarlo, del cual nos ofrecen tipos tan deliciosos como reales, y que mantienen viva la hilaridad de la concurrencia.

A pesar de ser desconocido para la generalidad de nuestro público, el espectáculo puesto en solfa, la obra ha gustado mucho y ha sido muy celebrada.

Sin duda alguna contra el propósito de los autores, para no pocos espectadores ha servido su obra como propaganda del género: no escaseando en las alturas los imitadores del espectador gordiflón y patillado que nos presentan pidiendo sin cesar «¡la pulga! ¡la pulga!»

Cada una por su estilo, harto distinto, las dos obras estrenadas son de las que llevan público: siendo de lamentar el contraste, de que se repita el tango de los lunares y no se repitiera en cambio anoche ningún número de «La manta zamorana».

Los artistas

Los artistas de la compañía Nadal, son de lo mejorcito que en el género chico hemos visto aquí, y de entre ellos sobresalen los siguientes:

La tiple Lola Millanes, artista de cuerpo entero, cantante excelente, actriz consumada, muy simpática y con retomuchísimo *angel*: el hermoso duo de «La revoltosa» lo dijo admirablemente: en el «Jorobeta» de «La manta zamorana» ha estado á gran altura y en los tangos, peteneras y malagueñas de «El género infimo» ha producido el «disloque».

La Srta. Entrena, como mujer es muy guapa y como tiple sus facultades son verdaderamente sobresalientes: especialmente en el duo con el barítono en «La manta zamorana» y anoche en la romanza de «El cabo primero», ha hecho alarde lucidísimo de dichas facultades, y se la ha aplaudido ruidosamente y con justicia, obligándola á repetir dicho último número. ¡Muy bien, señorita Entrena!

El barítono Sr. Aristidi, posee gallarda figura, hermosa voz y buena escuela de canto: en el género á que esta compañía pertenece, es sin duda de lo mejorcito: se le ha aplaudido mucho en «La manta zamorana», donde ha estado á una excelente altura.

Otro barítono, el Sr. Iglesias, ha gustado también y en el duo de «La revoltosa» compartió con la Srta. Entrena los aplausos del público: en las demás obras en cuyo desempeño ha tomado parte, ha trabajado con mucho acierto.

Julio Nadal, era ya conocido favorablemente de nuestro público, que le ha prodigado en muchas ocasiones sus aplausos. Artista concienzudo, con talento y gracia, estos aplausos han comenzado á renovarse para él en la presente temporada. Reciba tan simpático actor nuestro cariñoso saludo.

El Sr. Manzano (Luis), nuevo para nuestro público, se ha captado sus simpatías desde el primer momento. Su trabajo es un derroche de vis cómica y de «buena sombra». Tardará muy poco en hacerse popular.

Los demás artistas de la compañía, han obtenido igualmente una acogida benévola, pues todos contribuyen al buen conjunto de la interpretación de las obras.

Se ha distinguido entre otros, la joven y simpática segunda tiple Srta. Candán, que empieza ahora su carrera, para la cual revela aptitudes muy apreciables.

Con tan estimables elementos artísticos y con el extenso repertorio del que forman parte gran número de obras nuevas para nuestro público y de merecido renombre, el resultado de la campaña teatral ha de ser sin duda alguna tan halagüeño como hace presumir el éxito de las tres representaciones dadas.

La empresa, obligada por las infinitas gabelas que sobre ella pesan, se ha visto obligada, para defenderse y bien á su pesar, á establecer un pequeño aumento en el precio de las entradas.

Desde hoy, la entrada general cuesta veinte céntimos en las secciones señoras y treinta y cinco en la doble.

El programa para la función de esta noche es el siguiente:

A las ocho: «La banda de trompetas»

